

á un pueblecito. Retiróse despues á la edad de treinta años al desierto de Sceté, en el que vivió sesenta años; así que murió en el año de Jesucristo 390, siendo de edad de noventa años. Paladio dice que solo habia un año que habia muerto, cuando él fué al desierto á ponerse bajo la conducta de San Macario de Alejandria.

Como habia sido el fundador de la órden monástica en aquel desierto, puede decirse que todos sus habitantes habian sido sus discípulos é hijos. Evagrio fué de este número, pero no supo imitarle en la pureza de la fe. Adoptó los errores de Orígenes y no podemos colocarle en esta recoleccion entre tantos personajes santos.

---

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN MACARIO DE EGIPTO

Unos hermanos preguntaron á San Macario de qué manera debian orar, y él les respondió: « No hay necesidad de usar para esto muchas palabras; sino solamente levantad las manos hácia el cielo, y decid: « Señor, tened piedad de mí y hacedme misericordia de la manera que os plazca, y por los medios que veais que convienen á las necesidades de mi alma. » Y cuando nos sintamos apretados por la tentacion, dirijámosle tambien nuestra oracion diciéndole: « Asistidme, Dios mio; » porque como él sabe lo que nos es necesario, no dejará de venir en auxilio nuestro. »

Casiano, habiendo hablado en su libro quinto de las *Instituciones*, de la destemplanza de la boca, lo termina con aquella hermosa sentencia de nuestro Santo: « El bienaventurado abad Macario decia que un solitario debia apli-

carse tanto al ayuno como si estuviese seguro de tener que vivir todavia cien años, pero que debia despreciar tanto las pasiones de su alma, olvidar las injurias y renunciar á la envidia y á la mala tristeza, como si todos los dias tuviese que morir.

« Este primer pensamiento, decia él, hará al solitario sábio y prudente, y le hará guardar una severa uniformidad en su abstinencia, sin permitirle que se relaje bajo pretexto de la enfermedad de su cuerpo. Pero este otro pensamiento de su muerte próxima le hará despreciar todo lo que parece más dichoso en este mundo, pero le hará todavia firme é inquebrantable en todos los males, porque los mirará como lijeros y de ninguna importancia y tendrá siempre su corazon y sus ojos dirigidos al lugar al que en todos los momentos cree que pronto debe ser llamado.

En una conversacion con un solitario, el Santo le preguntó de dónde provenia que el recuerdo del mal que los hombres nos han hecho nos haga perder el recuerdo de Dios, y que no sucedia lo mismo con respecto á los demonios. Como el solitario le respondiese que no lo podia comprender, y le rogóse que resolviera él mismo esta cuestion, le dijo el santo viejo: « Es que la cólera que tenemos contra los demonios está en el órden de la naturaleza, mientras que la que tenemos contra los hombres es contraria á este órden. Así que esta última facilmente nos hace perder el recuerdo de Dios, y la otra por el contrario, está sin contradiccion; porque sabemos que Dios (Vit. PP. 1 c. 37, n. 4.) al principio solo crió cosas buenas, pero despues el diablo sembró el mal; y de ahí ha venido la pérdida de infinitud de personas. »

Añadió en seguida: « Un monge es culpable si, habiendo recibido algun agravio de alguno de sus hermanos, no va primero á él encontrarle con un corazon purgado por la caridad, porque como la Sunamitis no hubiese merecido

recibir en su casa al profeta Eliseo si hubiese tenido alguna aficion ó aversion hácia alguno, del mismo modo el alma no merece recibir en ella al Espíritu Santo si no es pura y si no está desligada de las turbaciones del siglo; porque la cólera que se deja reposar sobre nosotros ciega los ojos del corazon é impide al alma el orar. »

Cítase la misma sentencia más brevemente enunciada en la *Recoleccion de las palabras notables de los Padres de los desiertos* (Cot. t. p. 546): « Si nos acordamos de los males que nos hacen los hombres, nos quitamos el poder de servirnos de Dios; pero mientras nos acordemos de la persecucion que el demonio nos hace, nada podrá apartarnos de la presencia de Dios. »

Un hermano jóven fué á rogarle que le instruyese en los deberes de la vida solitaria, y el Santo le dijo: « Id á un sepulcro, y dirigid á los muertos que allí encontréis muchas injurias. » Fuése allá, y no solamente les dirigió injurias sino que hasta les ultrajó llegando á echarles piedras; despues de lo cual volvió al Santo, quien le pregunto si los muertos le habian dicho alguna cosa: No me han dicho ni una palabra, le respondió. Volved allí mañana, replicó el Santo, y dadles bendiciones y alabanzas; á lo cual obedeció él llamádoles apóstoles, santos y hombres justos. Volvió despues á ver al Santo, y le respondió que los muertos le habian respondido tan poco como la primera vez: « Tomad de ellos ejemplo, le dijo el santo viejo; considerad que ni se han movido con vuestras injurias ni con vuestras alabanzas, y procurad morir como ellos; de suerte que por malos tratamientos que os den, no os irriteis jamás, y por más que os demuestren estimacion ú os dirijan alabanzas, no os hincheis de vanidad, y de este modo podreis santificaros. »

Dijo tambien á otro hermano: « Si recibís los desprecios como las alabanzas, la pobreza como las riquezas, la

necesidad como la abundancia, el pecado no os ocasionará la muerte; porque no puede suceder que el que tiene una verdadera fe y rinde á Dios el culto que le debe acompañando con obras, caiga en los vicios y en las ilusiones del demonio. »

Recomendaba que cuando uno se ve obligado á corregir á los otros no se deje llevar de la cólera: « Si queriendo reprender á vuestro hermano, decia, os moveis vos mismo á cólera, no hacéis más que satisfacer vuestra pasion en vez de ejercitar la caridad; Y conviene perderos salvando á los demás? »

Pafnucio su discípulo pidióle un día alguna instruccion, y él le respondió: « No hagais agravio á nadie y no juzgueis á nadie; observad bien esta regla y sereis salvo. » El abad Isaias le suplicó tambien que le diese algun consejo saludable, y él no le respondió más que esta palabra: « Huid de los hombres. » — « ¿ Y en qué consiste el huir de los hombres, le preguntó Isaias? » — « Consiste, respondióle, en morar en vuestra celda y llorar en ella vuestros pecados. » Dijo poco más ó menos, lo mismo<sup>1</sup> al abad Aío añadiendo solamente que aborrezca la inclinacion que los hombres tienen á hablar, y que este era el medio de santificarse.

Un anacoreta fué á quejarse de que todos los días, desde las nueve de la mañana, sentia en su celda un hambre estraña aun cuando en el monasterio en que antes moraba no tuviese dificultad en pasar algunas veces semanas enteras sin comer, y él le respondió: « No os admireis de esto, hijo mio, porque en el desierto no teneis á nadie que sea testigo de vuestros ayunos y que os sostenga y alimente con sus alabanzas, mientras que la vanagloria era vuestro

<sup>1</sup> Tillemont creyó que el abad Isaias era el mismo que este abad Aío, Cotelier los distingue. Till. t. VIII, p. 385. Cot. t. I, p. 540 y 549.

alimento en el monasterio, y el placer de ser señalado entre los demás por vuestra abstinencia, os valía tanto como una comida. »

Este hombre de Dios sabia sacar provecho, ya para su instruccion, ya para la de sus hermanos, de las cosas en que otro cualquiera no se habria quizás fijado. Estando en Egipto oyó á un niño que decia á su madre: « Yo odio á este rico que me ama y amo á aquel pobre que me aborrece. » Pareció al principio admirarse de esta palabra. Los hermanos que le acompañaban le preguntaron la causa. « Este niño nos señala lo que nosotros hacemos; porque Dios que es infinitamente rico nos ama, y muy lejos de devolverle este amor, hasta nos negamos á obedecerle. El demonio por el contrario es pobre, y nos da continuamente señales de su odio, y sin embargo nosotros amamos todo lo que nos sugiere para pervertirnos. »

Se dolia mucho de la relajacion que empezaba á introducirse entre algunos solitarios, porque en ella descubria la causa de la desolacion futura del desierto de Sceté, que Dios le habia manifestado que habia de tener lugar en un tiempo no muy lejano. Por esto, habiéndole preguntado San Pemen derramando, muchas lágrimas, que le dijese cómo podria obrar su salvacion, respondióle con dolor: « Vos buscáis lo que no se encuentra entre los monges. »

Tenemos tambien de él una hermosa respuesta que con San Macario de Alejandria dió á unos oficiales sobre la vanidad de las grandezas de este mundo. Yendo un dia con San Macario de Alejandria á visitar á un solitario, subieron para esto en un gran bajel que servia para pasar el Nilo, y en él se encontraron con dos coroneles de gran consideracion y que traian un rico y numeroso equipaje. Viendo estos personajes en un extremo del bajel á los dos santos acostados en tierra, pobremente vestidos y preparados para toda clase de acontecimientos, conversaban juntos

sobre la dicha de este género de vida que en lo exterior no presentaba sin embargo más que una cosa despreciable. Finalmente uno de ellos dirigiéndoles la palabra dijo: « Sois dichosos en burlaros del mundo como lo haceis no pretendiendo en él otra cosa que un pobre hábito y un muy sencillo alimento. » — « Vos habláis casi como un profeta, le dijo San Macario de Alejandria, llamándonos felices, puesto que esta es la significación del nombre de Macario que nosotros llevamos. Pero si teneis razon de decir que los que se consagran como lo hemos hecho nosotros al servicio de Dios, se burlan del mundo, nosotros por el contrario tenemos gran motivo de teneros lástima por lo que el mundo se burla de vosotros. » Estas palabras movieron tanto á uno de aquellos coroneles, que habiendo llegado á su casa, distribuyó a los pobres una parte de sus bienes, abandonó los restantes, y habiendo cambiado de vestido, siguió la voz de Dios que interiormente le llamaba, y se apresuró á ir á buscar solitarios para vivir con ellos.

De este gran Santo hemos aprendido tambien algunas historias edificantes, que contaba á los otros solitarios como testigo ocular, para animarles en los trabajos de la vida religiosa.

Vióse obligado á ir á la montaña de Nitria para asistir al sacrificio de San Pambon. Cuando estuvo allí, los ancianos le suplicaron que dijese á los hermanos alguna palabra para su instruccion. Respondióles: « Yo no merezco llevar el nombre de monge; pero he visto algunos que lo eran verdaderamente. Cuando estaba en Sceté en mi celda, veníame sin cesar al pensamiento el internarme más en el desierto, para ver lo que allí descubriria. El temor de que esto fuese una ilusion del demonio, hizo que resistiera á este pensamiento durante cinco años. Finalmente despues de este tiempo, me determiné á seguirlo. Internéme pues en el desierto hasta un lugar en donde hay un estanque con

una isla en medio. Allí ví desembarcar muchas bestias salvajes, entre las cuales ví tambien dos hombres desnudos. Espantéme al verlos, creyendo que podrian ser espíritus; pero aperebiéndose ellos de mi temor, me animaron diciendo: No temais; somos hombres como vos. Entonces les pregunté de dónde eran y qué motivo les habia llevado á aquel lugar, y me respondieron que antes habian morado en un monasterio y que habian salido de él de comun acuerdo para venir á este desierto, en el que se hallaban hacia ya cuarenta años; <sup>1</sup> que el uno de ellos era de Egipto y el otro de la Libia.

Preguntáronme en seguida cómo iba el mundo, si el Nilo se desbordaba como de costumbre y si la tierra era igualmente fértil. Yo satisfice á su pregunta, y les supliqué á mi vez que me dijesen lo que debia hacer para ser un verdadero solitario. Dijéronme que no lo podria ser perfectamente sin renunciar antes á todo lo que es mundo. Representéles entonces que era débil, y que no podía imitar su género de vida. Replicáronme que si no podia hacer como ellos, debia al menos morar en mi celda y llorar en ella mis pecados. Finalmente quise saber de los mismos si en invierno sentian el extremado rigor del frio no estando vestidos, y si en verano les quemaban los ardores del sol; y me contestaron que Dios les hacia la gracia de librarles de estas dos incomodidades. »

Despues que San Macario hubo contado esto á los hermanos de Nitria, terminó, con estas palabras: « Por ahí veis, hermanos míos, que disto mucho de ser un verdadero solitario, y que yo he visto algunos que lo eran verdaderamente. Dipensadme que no os hable más de esto. » Entre las cartas de San Efren encuéntrase una en que se refiere

<sup>1</sup> Tillemont solo dice diez años. Esto puede ser una falta de imprenta; porque el texto de Rosweide y el de Cotelier dicen positivamente cuarenta años. Till. t. 8, p. 536.

esta historia; y el autor admira en ella la gran humildad de San Macario, el cual, habiendo sido llevado á una tan eminente perfeccion, creia todavia muy sinceramente, que habia cosas sobre su virtud y sus fuerzas.

Dios que queria confirmarle siempre más y más en esta humildad, que es la base de las más grandes virtudes, hizo para con él lo que habia hecho tambien para con San Antonio, manifestándole el mérito de algunas personas que se habian elevado en el mundo á una muy alta piedad. Estando este Santo en oracion, oyó una voz que le dijo: « Macario, tu no has llegado todavia al grado de virtud de dos mugeres que viven juntas en la ciudad más cercana de aqui ». Al instante tomó su baston de palma, y se fué á llamar á la puerta de su casa. Ellas le recibieron con las señales de satisfaccion que la visita de un personage tan santo podia producirles, y habiéndose sentado, les dijo: « Como que únicamente por vosotras he emprendido este viage á fin de saber el bien que practicais, os suplico que me informeis de él ». Ellas quisieron al principio darle á entender que nada habia extraordinario en su conducta, pero continuó instándolas á que le hiciesen saber cómo vivian; de suerte que, obligadas por sus instancias, le dijeron: « Nosotras no estamos atadas juntas por parentesco alguno, pero nos hemos desposado con dos hermanos, y desde quince años que hace que estamos casadas, hemos vivido juntas las dos sin decirnos palabra alguna licenciosa, ni tener la menor disputa, viviendo en una gran union. Habíamos convenido en obtener de nuestros maridos que nos dejasen retirar en una comunidad de vírgenes religiosas, y nada hemos omitido para lograrlo; pero no habiéndolos queridos consentir en esto, nos hemos prometido una á otra en la presencia de Dios, á no decir jamás una palabra seglar mientras vivamos ».

San Macario, al oír estas palabras exclamó: « ¡ Cuán verdadero es que no hay en Dios acepcion de personas !

No mira si se es virgen ó casada, si se es monge ó seglar ; sino que solamente considera la disposicion del corazon y comunica á todos su espíritu de vida.

El abad Vitimio contaba que San Macario habia contado á los hermanos la historia de dos jóvenes solitarios, cuyos progresos en la virtud fueron tan rápidos, que la relacion que de ellas hacia era muy á propósito para animarles á la perfeccion. » Estando, dice el Santo, sentado en el desierto de Sceté, vi aparecer dos forasteros, uno de los cuales, aun cuando jóven era de más edad que el otro, el cual todavia no tenia barba. Acercáronse á mí y me preguntaron en dónde estaba la celda del abad Macario. Yo les pregunté sobre lo que deseaban, y me dijeron que habiendo oido hablar de él asi como de la virtud que se practicaba en el desierto de Sceté, habian ido allí espresamente para verle. Entonces les dije que yo era Macario, y al instante, inclinándose profundamente, me suplicaron que les permitiese quedarse conmigo. Pero viéndoles yo tan delicados y criados en la abundancia, les representé que esto no podia ser. » Si nopodemos, me dijo entonces el de mayor edad, ¿ nos veremos pues obligados á retirarnos á alguna otra soledad ? » Entre tanto yo pensaba dentro de mí que si les despedia de este modo podrian escandalizarse, y creí que era mejor que empezasen á probarse á sí mismos, á fin de que si no podian aguantar los trabajos de nuestro estado, se retirasen de su propia voluntad.

« Díjeles pues que se edificasen una celda. Rogáronme al instante que les indicase el punto que yo creia ser á propósito para ello ; y saliendo los tres juntos, les mostré una roca muy dura, y les dije : « Cortad un pedazo de esta roca, id á la laguna en busca de madera para cubrirla y alojaos en ella. Yo creí siempre que aburridos por un trabajo tan penoso, se retirarian sin empezarlo. Pero resolvieronse á él y me preguntaron al mismo tiempo en qué ocupacion,

juzgaba yo á propósito que se ejercitasen. Respondíles que en hacer cestas, las cuales darian á los guardianes de la iglesia para venderlas, y que con el precio que de ellas sacasen les llevarian pan. Y para enseñarles á hacer cestas, tomé algunas hojas de palma que habia traído de la laguna, é hice en su presencia una estera, mostrándoles cómo habia que coser juntas estas esteras, despues de lo cual me retiré.

« Ellos ejecutaron con mucha paciencia todo lo que yo les habia prescrito, y pasaron tres años enteros sin venirme á ver. Yo estaba admirado de esto y me decia á mí mismo : « ¿ Qué hacen pues aquellos solitarios, que no les veo ? Los que estan más apartados vienen á recibir consejos y descubrirme sus pensamientos ¿ y estos que estan más cerca no se dejan ver y ni siquiera van á consultar á los otros ancianos ? Solamente les veo en la iglesia en la que toman parte en los santos misterios con gran recogimento.

« Recurrí á Dios á fin de que me esclareciese sobre su conducta, y con este fin ayuné toda la semana, despues de lo cual fui á su celda para ver qué regla guardaban. Apenas llamé á la puerta, abriéronme y me saludaron con respeto, pero sin decir palabra. Empezé por la oracion, despues de lo cual me senté. El primogénito hizo entonces señal al más jóven de que saliese, y sentóse tambien, continuando en hacer su trabajo y guardando silencio. A la hora de nona, él hizo un poco de ruido, y él más joven apareció al instante, llevando algo que habia hecho cocer para la comida, y habiéndole hecho otra señal el de más edad, trajo una mesita sobre la cual puso tres panes, y se quedó en pié sin decir palabra ; y yo dije entonces, « levantaos y comamos ». Así que, comimos y bebimos juntos. « Cuando llegó la noche, me preguntaron si me volveria, y yo les dije que no, y que pasaria la noche con ellos. Entonces pusieron para mí una estera en un rincon de su celda, y otra para ellos en otro rincon y, habiéndose quitado su cingulo